

Cuando los estudiantes comenzaron a ser protagonistas

Entre los días 22 y 24 de febrero, la Facultad de Ciencias Políticas celebra el «50 aniversario de los movimientos estudiantiles de febrero de 1956». El congreso, organizado por el Departamento de Ciencia Política y de la Administración III, reunirá a conferenciantes como el catedrático Antonio Elorza, el cineasta Julio Diamante, el periodista Javier Pradera, el defensor del Pueblo, Enrique Múgica, el senador Gabriel Elorriaga, el economista Ramón Tamames, el rector Carlos Berzosa y el decano de la Facultad, Francisco Aldecoa. Las jornadas se aprovechan también para presentar la reedición del libro *Jaraneros y alborotadores*, que publicó Roberto Mesa en 1982.

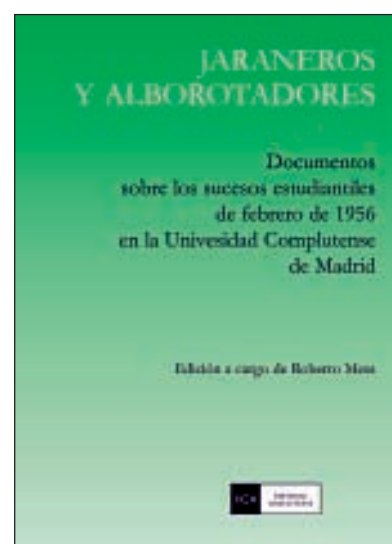
JAIME FERNÁNDEZ/ALBERTO MARTÍN
En enero de 1956, Javier Pradera, Enrique Múgica y Ramón Tamames fraguaron la idea de un Congreso Nacional de Estudiantes. Poco después, justo el 1 de febrero, Miguel Sánchez Mazas redactó un manifiesto en el que se concretaba la convocatoria de dicho Congreso. El escrito se repartió por la Universidad Central (que fue el nombre de la Complutense hasta 1970).

Una de las propuestas del Congreso Nacional de Estudiantes era la posibilidad de que se realizaran elecciones libres en las Facultades del Distrito Universitario de Madrid. Es lógico pensar que aquella idea no era del agrado de las autoridades ni de sus acólitos, lo que se comprobó el día 7 de febrero cuando la Facultad de Derecho fue asaltada por la Centuria 20 de la Guardia de Fran-

co, una de las agrupaciones falangistas más agresivas de aquella época. A pesar de eso, el asalto fue rechazado, lo que llevó a los atacantes a volver de nuevo el día siguiente. Con un mayor número de atacantes se aseguraron el éxito para agredir a todo el que se cruzara por su camino, incluido el decano Manuel Torres López. El punto culminante de la violencia llegó el día 9, cuando un grupo de estudiantes muy numeroso que protestaba contra los asaltos se encontró, en la calle Alberto Aguilera, con unos pocos falangistas. En la refriega se sacaron armas y hubo un herido de gravedad, el falangista Miguel Álvarez Morales.

A pesar de que no se supo nunca quién había disparado, el mismo día fueron detenidos Miguel Sánchez Mazas, Dionisio Ridrejo, Ramón Tamames, Enrique Múgica, Javier Pradera, Ruiz Gallardón y Gabriel Elorriaga. En los días siguientes también fueron detenidos Julián Marcos, López Pacheco, Sánchez Dragó, María del Carmen Diago, Jaime Maestro y José Luis Abellán. El día 10 se llegó a cerrar la Universidad Central y se suprimieron por primera vez un par de artículos del Fuero de los Trabajadores.

Los medios de comunicación se encargaron de tildar a los detenidos



de judeo-masónicos, pero el juez instructor no hizo caso a los gritos mediáticos y decretó su libertad provisional diez días después de su detención. El Ministerio de la Gobernación no opinaba lo mismo que el juez, así que decidió el ingreso de los presos en Carabanchel. En un plazo de cuatro meses, prácticamente todos ellos fueron puestos en libertad.

Aquellos hechos se recuerdan hoy como el detonante que provocó la aparición en España del movimiento estudiantil. De hecho, desde ese momento, la Universidad sería vista con ojos de sospecha por las instituciones franquistas.

Jaraneros y alborotadores, el libro que escribió Roberto Mesa, y que



Estas dos imágenes figuraban junto al atestado que realizó la Jefatura Superior de Policía de Madrid del suceso. La primera foto (arriba) muestra el momento en el que el herido, el falangista Miguel Álvarez, es llevado por sus compañeros al coche que le condujo a la clínica. En la segunda, se aprecia el pequeño grupo de gente que acude curiosamente a ver la llegada del herido hasta el coche. Arriba a la izquierda, la portada del libro de Roberto Mesa que ha reeditado la Editorial Complutense.

ahora se reedita, deja constancia de todos aquellos acontecimientos basándose en documentos oficiales, artículos de prensa y papeles jurídicos. El mejor colofón son las propias palabras de Mesa, escritas en 1982: «el

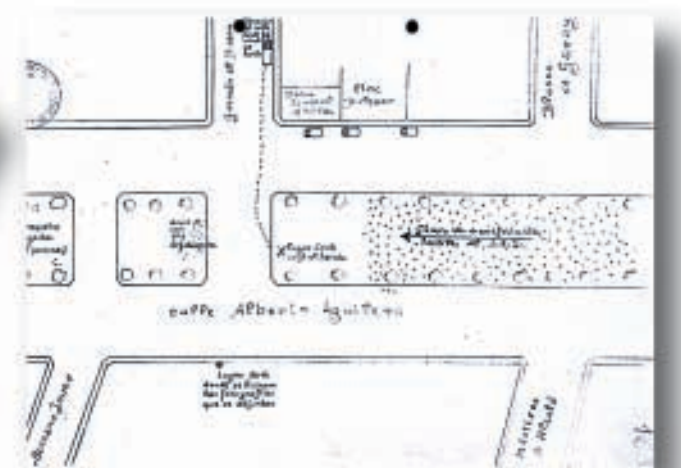
libro [además] pretende ser un homenaje de reconocimiento a todos los universitarios, estudiantes y profesores, que bajo la dictadura lucharon por una Universidad libre en una sociedad democrática».



El croquis de la derecha señala el lugar donde cayó el herido y donde fue recogido para ser trasladado a la clínica. Así como el punto desde donde se tomaron las fotografías.



Atestado policial de la Dirección General de Seguridad que detalla los disturbios ocurridos el día 9 de febrero de 1956. Los folios y las fotos originales aparecieron en los archivos de la Universidad Complutense de Madrid.



Antonio Elorza, catedrático de Ciencia Política y de la Administración «Lo del 56 abre el proceso democrático que concluye en el 78»

El director del Departamento de Ciencia Política y de la Administración III llegó a la universidad tres años después de los movimientos estudiantiles del 56. «El movimiento como tal había desaparecido, lo único que recordaba todo aquello eran algunos estudiantes de cursos superiores a los que se designaba como rojos».

– ¿Qué trascendencia tienen los acontecimientos del 56 en la trayectoria del movimiento estudiantil durante el franquismo?

– El objetivo de base del movimiento estudiantil siempre fue cargarse al SEU (Sindicato Español Universitario), al que todos los universitarios debían adherirse. Era algo así como la garrá del régimen. Lo sucedido en el 56 rompe el fuego de esa lucha porque significa la primera participación activa de los estudiantes del franquismo. Además, lo ocurrido hay que inscribirlo en un proceso de adaptación de la izquierda, de una pequeña minoría que pone en marcha todo un proceso de acción que marcó el modo de actuar del PCE durante todo el franquismo. Gente como Jorge Semprún, que en una actuación a lo Pipinela Escarlata, fue tejiendo hilos por debajo del régimen. Desde ese momento el PCE dejó de ser sólo el partido de las cárceles y pone en marcha otro proceso de acción de los sectores más dinámicos de la sociedad civil.

– ¿Además de este cambio en la forma de actuar del PCE, influyó de alguna otra manera en la España de la época?

– Sin duda, lo que ocurrió en el 56 fue el estallido que abrió un proceso democrático que concluye con éxito en el 78.



Elorza, junto a Amaya Ibárruri, en un reciente homenaje a La Pasionaria celebrado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Fue tan importante que significó la ruptura real con las barreras de la guerra civil. Por primera vez, ya no se trataba de republicanos contra franquistas, que desde la guerra se venía repitiendo siempre con un mismo vencedor, sino que ya se trataba de una nueva división: demócratas contra no demócratas. Fue un gran paso en lo que se podría llamar reconciliación nacional.

– ¿Qué papel jugaron el rector de la Universidad, Pedro Laín Entralgo, y el ministro Ruiz Giménez?

– Ambos fueron muy tolerantes. Laín, en el 56, ya no era ese personaje bastante fiero de los años 40, sino alguien bastante más parecido al que yo conocí años después: una persona maravillosa

y un espíritu liberal de primer orden. A Ruiz-Giménez aquello le sirvió para convencerse de que era preciso trabajar para cambiar el régimen. Para la dictadura lo sucedido en el 56 fue un absoluto fracaso: muchos se dieron cuenta de la necesidad de cambiar el régimen.

– ¿Cómo quedó la universidad tras todo aquello?

– Desde luego, la cambió. Yo llegué en el 59 y debo decir que en ese momento ya no había falangistas prácticamente y los que quedaban pronto pasaron a la izquierda. En los 60 volvió alguno –que hoy trabaja en El Corte Inglés o está en PSOE, aunque esa es otra historia–, pero yo no conocí a nadie que defendiera las estructuras fascistas. La legitimación del régimen en la universi-

dad, incluso entre los profesores, no existía. Ni siquiera los más falangistas, como Juan Velarde, eran capaces de defenderlo. El régimen fracasó en su intención de crear una escala de mandos universitarios.

– Que nadie defendiera el régimen no quiere decir que todos lucharan contra él. ¿O sí?

– Lo que en el 56 fueron unas minorías, en los 60 ya estaban muy engordadas. Se suele decir, y no sin razón, que de leer Santo Tomás y San Agustín en cinco años los universitarios pasamos a leer a Mao y a Lenin. El único pero que yo pondría a todo aquello es que el salto que se quiso dar en los 60 era demasiado grande. La mayoría

éramos antifranquistas y demócratas, pero pronto surgió gente que decía que era marxista, trotskista u otros delirios izquierdistas, que luego hemos visto que fueron de los que más tardaron en adaptarse a la democracia. Los del 56 no tuvieron que pasar por este sarampión que pasamos los de los 70. Lo bueno del 56 es que allí confluyeron comunistas, socialistas y hasta gente conservadora de la derecha más potable. Por el congreso van a pasar todos ellos. Desde comunistas de entonces como Jorge Semprún, el periodista Javier Pradera, Enrique Múgica, que del activismo pasó al socialismo o el cineasta Julio Diamante, que fue uno de los precursores del congreso con el que empezó toda la vida. También vendrá gente como Gabriel Elorriaga, ahora en el PP, y que era del sector reformista del régimen. Por último, también vendrá Tamames, quien no vio muy bien aquello, pero que luego se hizo comunista.

«Por primera vez no se trataba de republicanos contra franquistas, sino de demócratas contra no demócratas»

El informe policial de los acontecimientos de 1956

La Jefatura Superior de Policía de Madrid, dependiente de la Dirección General de Seguridad del Ministerio de Gobernación, elaboró un informe de los sucesos acaecidos el 9 de febrero de 1956. Dicho texto, firmado en Madrid el 20 de febrero del mismo año da fe de los hechos en los que resultó herido el falangista Miguel Álvarez Pérez e incluye dos fotografías obtenidas por un reportero de sucesos, inmediatamente después de caer herido el susodicho.

La primera foto muestra el momento en el que el herido es llevado por sus compañeros al coche que le condujo a la clínica. En ese momento, el herido está en el grupo que aparece frente a la puerta del banco de la esquina a Guzmán el Bueno y se dirigen a un coche que está situado a veinte metros más allá en la misma calle Guzmán el Bueno. También aparece en esa fotografía la sangre que

sobre el suelo dejó el herido en el lugar donde cayó. La segunda fotografía está obtenida desde el mismo lugar, pero tomando la parte de la acera impar y esquina de Guzmán el Bueno. En ella se aprecia el pequeño grupo de gente que acude curiosamente a ver la llegada del herido hasta el coche. La versión que dio el fotógrafo es la que sigue: «Que por Alberto Aguilera, dirección Princesa, llegaban algunos grupos de falangistas, no muy numerosos y que por la parte contraria y anden central venía una masa compacta de gente que avanzaba ocupándola en su totalidad; que pudo escuchar que entre los reducidos grupos de falangistas se cambiaban algunas frases de dudas respecto a su actitud a adoptar, ya que tenían un encuentro violento y se veían en gran inferioridad numérica; este testigo dice que uno de los grupos, el más numeroso que se encontraba en cabeza lo com-

pondrían unos 18 ó 20 y que detrás de este vio tres o cuatro grupitos de cinco o seis personas cada uno apreciando claramente que eran los únicos falangistas que por allí había. Que el grupo más numeroso que iba en cabeza tras unos brevísimos momentos de duda, oyó [que] decían «nosotros no nos movemos aunque nos maten» y seguidamente les vio avanzar en la dirección que llevaban al tiempo que comenzaban sus himnos. Que él seguidamente se dirigió rápidamente a tomar posiciones para obtener las fotografías y que en los breves momentos que perdió hasta lograr llegar al balcón desde donde [las] captó ya había pasado el preciso momento de la refriega y que fue tan rápida que no logró obtener más que las copias que se adjuntan por haber desistido de ir a la gran masa que avanzaba al encuentro de los falangistas».